

LA DIGNIDAD DE UNA REBELDE

Sobre las nueve de la noche, un cadáver ingresa en la morgue del hospital departamental de Santa Bárbara. Lo han traído en la caja de un *pickup* dos policías acompañados por una mujer que dice ser pariente de la fallecida. Horas después, el doctor Canales, por orden del juzgado, procede a realizar la autopsia para determinar la causa de la muerte. El doctor Canales es un hombre otoñal, alto, de rasgos árabes y piel oscura que contrasta con unas canas cada vez más abundantes. Buen profesional, antes de ejercer como forense fue médico de campaña en la guerra y lleva todo un holocausto impreso en sus retinas.

Al comenzar, lee detenidamente la sucinta ficha, cumplimentada por la funcionaria encargada de anotar las entradas en la morgue y sujeta con una gomilla al antebrazo del cadáver. En ella dice que corresponde a Erundina Guevara, hembra, mestiza, de unos cuarenta años de edad, natural de Villa Dolores; que presenta contusiones visibles en varias partes del cuerpo; que tiene los labios amoratados y una cicatriz sangrante en el occipucio, pero no se indica, porque la funcionaria no puede saberlo, que la mujer nació en el caserío de El Zapote hace treinta y seis años y fue inscrita en el registro municipal con el nombre de Erundina y el apellido único de Guevara, es decir, el materno, tal como estipulaba la legislación vigente para las madres solteras, si bien Arnulfo Velásquez, según hizo constar el auxiliar que en su día realizó el apunte, reconocía su paternidad y facilitaba su propia filiación a los efectos oportunos. Ni tampoco se indicaba que pasó una buena parte de su infancia y juventud en el campamento de La Virtud, al otro lado de la frontera, adonde había llegado su familia huyendo de la guerra.

A la clara luz de la sala de autopsias, el doctor Canales observa el cuerpo delgado y lleno de moratones, los senos pequeños, las facciones aindiadas, de pómulos altos y nariz pequeña; el pelo negro, liso y abundante, que tiene una costra de sangre reseca. Inicia su labor sajando con unos cortes certeros y retirando el cuero, de un color como el del maíz reseco y un tacto cerúleo que, aunque le revela que la mujer no lleva menos de doce horas cadáver, nada le dice sobre las primeras caricias de hombre que aquella piel recibió, precisamente de las manos de Matías Zavala, joven mayor que ella con quien se acompañó, en contra de la voluntad de sus padres, cuando contaba apenas dieciséis años de edad, yéndose ambos a vivir a una champa pequeñita, de tablonés y lámina acanalada, que Matías construyó para tal fin y amuebló con una tijera para dos, un par de zancudos y un cajón de madera que servía de armario, de mesa y, si era necesario, de silla adicional.

La primera noche que pasaron juntos, Erundina mantuvo a su compañero alejado del lecho por el miedo que le producía verlo desnudo, situación que se prolongó durante cinco días hasta que, por fin, ablandada por sus reiteradas súplicas y medio convencida con las prolijas explicaciones que él le había dado, accedió a consumir la unión. Para ella, Matías fue un amante apasionado, con un deseo intenso y persistente pero un desahogo fugaz, y Erundina pronto se acostumbró a satisfacerse con rapidez. Después de poco más de un año de vida conjunta, Matías, junto a un grupo de jóvenes que él mismo había reclutado,

partió hacia la frontera para incorporarse a la guerra y ella hubo de quedarse en el campamento, embarazada de cuatro meses.

El doctor Canales pudo determinar, durante la autopsia, la temprana maternidad de la difunta, aunque no llegara a saber que aquella única hija fue bautizada como Elizabeth y que, con apenas unos meses de edad, hubo de exponerse a la dura prueba de un retorno masivo. Los refugiados —ahora retornados— dejaron la relativa seguridad del campamento para regresar a sus lugares de origen, que seguían siendo azotados por el conflicto. Con los materiales que pudieron transportar construyeron un precario asentamiento, que bautizaron La Esperanza, y se organizaron alrededor de una cooperativa agropecuaria. Hasta que finalizó la guerra, cuatro años después, sufrieron más penalidades y privaciones de las que padecieran en el exilio. Durante los frecuentes enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla, Erundina y Elizabeth, Bety, que vivían en la casa de don Porfirio, el padre de Matías, solían esconderse bajo la cama y abrazarse con fuerza para calmar los temblores que les provocaban el ruido de los disparos y el estallido de las granadas.

Varios meses después de haber retornado, Erundina recibió un papelito muy bien doblado y sellado con varias vueltas de papel adhesivo, donde le comunicaban la noticia de la muerte de Matías en una acción armada. La niña, que ya tenía un año cumplido, se quedaba huérfana sin llegar a conocer a su padre. De él no le quedarían más recuerdos que la instantánea que le tomó un brigadista y las esporádicas cartas que enviara a la familia a través de correos clandestinos. Esta muerte dejó en el corazón de Erundina una pesadumbre que habría de acompañarla durante muchos años, pero el doctor Canales anotó en el informe que no había encontrado en dicho órgano ninguna señal relevante sobre la causa del fallecimiento.

Como Erundina sabía leer y tenía soltura con los números, le encargaron que llevase la somera contabilidad que necesitaba la cooperativa. En aquel trabajo conoció a Samuel, el tesorero de la junta directiva, que había sido compañero de armas de Matías y estaba lisiado por un balazo en la rodilla. Era un hombre joven y despierto, tenía dos hijos pequeños y vivía con la Odilia, su mujer, lo que no le impidió pretender a Erundina. Ella, al principio, lo rechazó. Estaba demasiado reciente la muerte de Matías y demasiado vivo el dolor. Sabía, además, que la mayoría de los hombres no se tomaban muy en serio a las viudas jóvenes y las buscaban, si acaso, para alguna aventura pasajera. Pero la insistencia de Samuel, sostenida a lo largo de los meses, el contacto cotidiano en el trabajo, la simpatía que surge entre quienes afrontan juntos problemas y dificultades, el futuro incierto y sobre todo la soledad, la terrible soledad de horas vacías y noches insomnes, vencieron su resistencia y acabó convirtiéndose en su amante.

Se veían cuando tenían oportunidad, siempre a horas intempestivas, en los locales de la cooperativa o en algún otro lugar solitario y escondido. Samuel, como amante, era muy distinto de Matías: procedía con lentitud, a pesar de la ventura de los encuentros, haciéndola inflamarse poco a poco hasta estallar en un estremecimiento redentor. Al finalizar, como si se tratase de simple comercio carnal, se vestían con rapidez y cada cual se marchaba por su lado. Erundina, aunque cautivada por la emoción y clandestinidad de aquellas citas, nunca se sintió enamorada de Samuel, ni aquella relación cumplía sus expectativas de formar un hogar estable en el que su hija pudiera crecer y educarse, pero

la ayudaba a olvidar las desdichas pasadas, aunque fuera fugazmente, y a sobrellevar el difícil presente.

La aventura con Samuel se terminó el día en que su mujer descubrió el asunto y fue a buscarla a buena mañanita, cuando se estaba bañando en la poza de las mujeres; allí, sin cuidarse de las espectadoras, le gritó toda clase de insultos, enzarzándose con ella en una pelea que la dejó maltrecha, contusionada y, sobre todo, humillada.

Al finalizar la guerra, el asentamiento se vio beneficiado por la ayuda que se destinó a las zonas más devastadas. La cooperación internacional donó fondos para numerosos proyectos, entre ellos uno destinado a la construcción de viviendas permanentes, con bloques de cemento, estructura de hierro y teja doble. Para dirigirlo llegó un ingeniero italiano llamado Terencio, hombre rellenito, de pelo rubio y ojos azules. Una tarde de tormenta, viajando hacia La Esperanza en su vehículo, se encontró en el camino a una empapada Erundina que volvía de hacer unas compras en El Alto, el municipio más cercano, y le dio jalón. A Terencio le gustó la belleza trágica de aquella mujer y le sorprendió la desenvoltura con que le hablaba, tan diferente del obstinado silencio de las otras jóvenes que había conocido. A Erundina también le gustó aquel extranjero de cara amable que hablaba el español con acento musical y que pronto mostró por ella un interés sin disimulos: la esperaba cuando salía del trabajo, la invitaba a almorzar en los quioscos de la plaza o la llevaba en su vehículo cuando iba a comprar. Tales atenciones levantaron la envidia de otras mujeres, que murmuraban a sus espaldas y le dejaban caer indirectas cargadas de malicia, por lo que Erundina no se decidía a aceptarlo como compañero. Pero en las navidades de aquel año, Terencio se marchó unas semanas a su país y durante su ausencia ella se sintió invadida por una melancolía inexplicable, algo que nunca antes le había sucedido, ni siquiera con Matías, así que cuando regresó el italiano y le pidió que se fuera a vivir con él, ella accedió.

En Terencio encontró a un buen compañero, hablador y entretenido, que la ayudaba cuando podía con las tareas domésticas y trataba a Bety como a una hija. Pero sus atenciones como amante, que se cuidaba más del placer de ella que del propio, la inhibían más que encenderla, resultando a veces en que, al cabo de una larga sesión amorosa, no consiguiera alcanzar el éxtasis definitivo. No obstante, convivió con él varios años que fueron, quizá, los más felices de su vida, aunque de esos sentimientos no quedara registro alguno en las entrañas que, con la concentración propia de un buen profesional, examinaba el doctor Canales.

Al principio estuvieron viviendo en La Esperanza, pero después Terencio la convenció para que dejase su trabajo y se trasladaran los tres a Santa Bárbara, la cabecera departamental, donde había más comodidades y donde ella podría acudir a la escuela nocturna para seguir formándose. Los meses se pasaron volando y, al hilo de ellos, las estaciones: la seca, con el calor asfixiante y el inevitable polvo, y la lluviosa, vestida de verdes y envuelta en lodos. Erundina vivía el presente sin pensar demasiado en el mañana: se aplicaba en aprender, descubría la vida en la ciudad, criaba a su hija, visitaba a los suyos cuando podía y disfrutaba de Terencio, aunque no siempre alcanzara a comprenderlo, porque a pesar de vivir juntos había entre ellos un abismo cultural difícil de salvar.

Cuando se terminó el proyecto de viviendas en La Esperanza, y otros dos que se desarrollaron en la misma zona, a Terencio le ofrecieron viajar al Petén para construir clínicas en comunidades mayas. Él aceptó sin dudarle, encantado con la nueva aventura, pero Erundina no quiso seguirlo hasta allá, y la relación pagó las consecuencias. Al principio, Terencio la visitaba con frecuencia, aunque eso le supusiera exprimir sus horarios y hacer un largo y pesado viaje a través de dos países, pero a medida que discurría el tiempo, sus visitas fueron espaciándose y Erundina, que se aburría de vivir sola en Santa Bárbara y se irritaba por sentirse mantenida como una amante de lujo, decidió regresar a La Esperanza, alargando aún más la distancia que los separaba. El punto final lo puso una carta de Terencio en la que, al cabo de unos rodeos inocentes y unas complicadas disculpas que no la confundieron, concluía diciéndole que lo más conveniente era dar por terminado su maridaje. No se mencionaba a ninguna otra mujer pero Erundina leyó entre líneas su existencia y, no obstante ser la ruptura un hecho desde hacía ya tiempo, le resultó muy difícil sobreponerse y se pasó varios días taciturna y abatida, sin ganas de hacer ni decir nada. Las arrugas que marcaban el rostro del cadáver, incluyendo el profundo surco en el entrecejo, quizá tuvieran que ver con aquel periodo, pero lo único que pudo establecer sobre ello el doctor Canales fue que la fallecida aparentaba más edad de la que tenía.

El regreso a La Esperanza no comenzó para ella con buen pie, pues tuvo que soportar la malsana alegría que algunas mujeres mostraban por su fracasada relación con el italiano. Tampoco pudo continuar en la cooperativa, junto a Samuel, que no tardó en volver a cortejarla. Pero esta vez Erundina no permitió que se repitiese la historia y decidió asociarse con su comadre Chenta en el negocio de un colmado donde vendían de casi todo, desde pescado seco hasta pilas, desde canastos de vara de Castilla hasta guaro. La empresa les exigió trabajar muy duro. Todas las mañanas, una de ellas debía viajar a la ciudad para mercar los bienes, llevarlos en bus hasta el desvío del Zapote y, desde allí, transportarlos a cuestas hasta el asentamiento, mientras la otra se quedaba atendiendo a la clientela. Una de aquellas veces, después de una turbonada que dejó las veredas tan escurridizas que parecían untadas con jabón, Erundina se resbaló al bajar por la cuesta del Zorrillo y rodó un trecho hasta detenerse contra unos talpetates, fracturándose un par de huesos cuya cicatriz, mal soldada, no escapó al ojo experto del doctor Canales.

Al cabo de un año, Chenta y Erundina ampliaron el negocio comprando un frigorífico de petróleo en el que enfriar gaseosas, cervezas y sorbetes, y construyendo un pequeño corredor bajo el que ubicar unas mesas que atrajeran más clientela. Para entonces, Erundina vivía ya en una casa propia, con su hija. Bety se había vuelto una muchacha espigada a quien algunos hombres empezaban a mirar con ojos golosos, pues tenía el pelo castaño, la piel clara y le apuntaban los pechos bajo la camiseta como dos limoncillos sazones. La madre sobrellevaba bien su soledad y durante mucho tiempo no quiso aceptar la compañía de ninguno de los muchos que la pretendieron: unos, por demasiado viejos, y otros, por demasiado vivos. Hasta que apareció Ramiro.

Era un hombre alto y corpulento, muy moreno, propietario de un camión con el que transportaba mercancías y pasajeros entre La Esperanza y los pueblos cercanos. Gustaba de acercarse por las tardes al colmado de Erundina: se sentaba a tomar una cerveza detrás de otra, solo o acompañado, hasta marearse. En varias ocasiones, a la hora del cierre, él

estaba aún allí, con el corpachón acomodado sobre la mesa, pero como era ocurrente y contaba anécdotas chistosas que la divertían, Erundina lo dejaba quedarse. Una noche, mientras ella se hallaba organizando la mercancía, Ramiro pasó del corredor a la tienda e inopinadamente la rodeó con sus brazos fuertes y pesados. Erundina sintió, junto a la indignación de verse ultrajada, un escalofrío que la dejó paralizada e incapaz de rechazarlo. Cuando él la besó, el aliento le olía a alcohol y su boca tenía sabor a rancio, pero su cuerpo transmitía un vigor tan intenso que la encendió como tusa seca y allí mismo se dejó poseer.

Ramiro llegaba a buscarla noche tras noche y ella siempre le franqueaba la entrada. Unos meses después, sin pedirle opinión ni mucho menos permiso, trasladó sus escasas pertenencias y se enseñoreó de la casa y de la vida de Erundina. En manos de Ramiro ella era como una pluma, zarandeada con la misma facilidad con que se acuna a un niño. Su destreza en la cama era indiscutible y la hacía gozar como ninguno de sus anteriores compañeros. Sin embargo, el embrujo bajo el que se hallaba se deshizo tan pronto como Ramiro le encajó el primer manotazo, una madrugada en que llegó tan borracho que no quiso aceptarlo en la cama. Erundina no estaba dispuesta a permitir tal agravio y resolvió, a la mañana siguiente, expulsarlo de su lado como a un perro, pero él agachó las orejas y se mostró humilde, le pidió mil excusas, le dijo lo mucho que la quería y, viéndola aflojar, le hizo el amor con el frenesí de la primera vez. Sin embargo, el arrepentimiento duró poco y escenas parecidas no tardaron en repetirse, siendo cada vez más frecuentes y duras las palizas. Mientras se le escapaba de las manos el control de su propia vida, ella se recriminaba duramente por consentir, sin rebelarse, una situación que nunca habría creído ser capaz de aceptar; y se sentía una desconocida sin voluntad que cada noche se abrazaba al hombre que deseaba, temía y despreciaba.

Eran múltiples las señales de violencia que, en el cuerpo de Erundina, encontró el doctor Canales: hematomas en la cuenca del ojo derecho y en el pómulo izquierdo, magulladuras junto al esternón y bajo las costillas causados por golpes recientes y por otros anteriores, una grave contusión en el occipucio, que le astilló el hueso, y marcas alrededor del cuello. Los restos de epidermis entre las uñas evidenciaban la enconada defensa de Erundina. Sin embargo, no encontró rastros recientes de semen en la vagina, lo cual extrañó al galeno porque no podía imaginar que, la noche en que la mataron, Ramiro no intentaba forzarla a ella.

Hacía tiempo que los ojos se le iban detrás de la piel trigueña, la figura llena y los labios jugosos de Bety; hacía noches que soñaba disfrutar su cuerpo joven y acariciar aquellos pechos en sazón. Una tarde, borracho como una cuba, la vio cambiarse de ropa a través de la escasa cortina que separaba su cuarto del resto de la casa y se fue a por ella. La llegada de Erundina no lo dejó concluir la tarea y Ramiro se desquitó golpeándola con puñetazos de hombre en el rostro, en el pecho, en los costados, le estrelló la cabeza contra la pared y por último le apretó el cuello con furia ciega.

En la causa de la muerte, el doctor Canales fue infalible: estrangulamiento hasta la asfixia.